

cipacion, se llega á un total de sesenta y cinco mil. Por otra parte, la antigua poblacion esclava, liberada el 20 de diciembre en 1848, se evalúa hoy en cincuenta y dos mil negros; y en consecuencia, la

Reunion encierra un total de ciento diez y siete mil habitantes de color.

El número de los amos, ó si se quiere, la poblacion libre, antes de la emancipacion general, con



Jóven soltera malabar.—De fotografia.

mas todos los europeos llegados á la colonia desde 1848, es próximamente de ochenta mil almas ó sea dos terceras partes de la poblacion operaria.

La poblacion total de la isla de Borbon es hoy de doscientos mil habitantes; y sin disputa se elevará pronto esta cifra, merced á la libertad de emigracion que consiente Inglaterra en la India, cuando menos, á doscientas cincuenta mil almas. La isla Mauricio escede en la actualidad de trescientas veinte mil.

A los trabajadores indios se les disemina por los

campos de caña durante el dia; y por la noche vuelven al establecimiento, alrededor del cual se les aloja en chozas, construidas con bálago y bambúes. Hay cerca de San Luis algunas de esas grandes plantaciones, ocupadas por mas de cuatrocientos ó quinientos trabajadores.

Las mas hermosas que recuerdo en las magnificas campiñas de San Benito, dependen del castillo de Gol.

Visité esta antigua morada, donde el poeta Bertin pasó una parte de su infancia, y donde sin duda na-

ció y cantó aquellos sitios en una graciosa epístola, dirigida á M. Desforges-Boucher, antiguo gobernador general de las islas de Francia y Borbon. Los suntuosos salones que se entretuvo en describir y los floridos jardines que celebra, ya no existen. El cas-

tillo se está casi arruinando, ó por lo menos, me pareció mal conservado. Algunos cuadros miserables ostentan una débil capa de mantillo, viudo de flores y de arbustos; al paso que la caña, planta que allí nadie descuida, se estiende hasta el pie del alcázar.



Guardas del campo de Borbon.

A su espalda está el estanque de Gol, donde algunos bueyes malgaches, ó de Madagascar, entran en el agua hasta media pierna y se paran allí para satisfacer su sed. Despues viene el mar que se prolonga á lo lejos hasta los confines del horizonte.

Entre tanto, se aproximaba el fin de junio, y con él la época en que debia yo volver á Europa; y me era necesario pensar en mi regreso á San Dionisio.

Una mañana tomé la diligencia de San Pablo, y

atravesé los sitios que no habia recorrido aun. Estos son: á la salida de San Luis, arenas movedizas, cuyos montecillos adelantan mas y mas cada dia hácia el interior; volcanes apagados, cuyos cráteres, aun enrojecidos, se descubren desde el camino; y en fin, el estanque Salado, donde se toman los baños en la estacion del calor. Todo esto se halla entre el camino y el mar.

A la derecha, los campos de caña que se estienden

hasta las faldas de los montes, y sobre el camino los tamarindos y el palo negro, de oscuro follaje, ó bien algun alto cocotero, con el tronco desnudo y con su corona de verdes frutos y un ramillete de palmas que agita la brisa.

El paisaje cambia de aspecto al entrar en el canton de San Leu. La tierra es montañosa; y arenales estériles, piezas aun no descuajadas, suceden poco á poco á las verdes campiñas de San Luis. Cerca de la orilla del mar, se ven los hornos de cal, donde se calcina el coral de la costa. El humo blanco y espeso que allí se eleva apenas deja ver las casas.

Al aproximarse á la ciudad vuelve el paisaje á ser alegre; pero San Leu no se ofrece ya al viajero con aspecto de fiesta como en otro tiempo. Muchas casas, entonces espléndidas, están hoy destrozadas y vacias de habitantes. Mas de una galería, en algun tiempo animada por alegres risas, llora á sus huéspedes desaparecidos y ve arruinarse sus columnas. Antes de cultivarse la caña, San Leu era el cuartel mas rico, despues del de San Dionisio. Cultivaban allí el algodon con buen resultado, y su café era el mas afamado de la isla. Conserva todavía su antigua reputacion, y aun hoy todo el mundo quiere tener *San Leu*. Nadie quiere oír hablar de los cafés de San Benito, Santa Susana ó San Pedro; y sin embargo, no son de peor calidad. Lo mismo acontece en Francia. El *Martínica* y el *Borbon*, que ya se han hecho muy raros, son los únicos que se admiten en nuestras mesas (á veces solo tienen el nombre); y ni el *Javá* ni el *Río*, y otros muchos que inundan todos los mercados conservan su nombre en la tienda. No puede menos de ser asi: el comprador examina ante todo el rótulo, y quiere absolutamente que se le engañe.

Desde San Leu á San Pablo atraviesa el camino una serie de torrentes de pintoresca aspereza, sembrados de grupos de bambúes, y se eleva en cuesta bastante rápida en la falda de las colinas que cierran esta parte de la costa. La mayor parte de los prados se prolongan hasta el mar y aun no están descuajados. La aldeita de San Gil, escondida á la entrada de un profundo barranco en la costa, vive solo de la pesca. En verano se toman allí baños de mar, sin temor á los tiburones. El campo en aquellos sitios recuerda los arenales de la Gascuña ó las peladas colinas de Morvan. De vez en cuando, se encuentra un malgache, pastor de bueyes. Estos animales éticos, fatigados aun por su viaje, están perezosamente tendidos en el suelo ó paciendo una yerbecita raquílica y mustia; y entre tanto, el indolente pastor canta una cancion de su pais.

Mirando al mar pensaba en su gran isla.

Otras veces, se ve á la entrada, en un campo de cañas, un guarda cafre ó mozambique, con un an-

drajo atado por la cintura y lanza en mano. Tal es el aspecto y tales son las armas del guarda de campo colonial. En el camino, algunos negros descalzos dirigiéndose á San Gil ó á San Leu, marchan pausadamente seguidos de sus mujeres, las cuales aun encuentran medio de rezagarse. Alguna vez pasa el rico carruaje de un plantador ó un *habitante* á caballo, galopando á lo largo del camino, seguido de su criado malabar, que echa los bofes corriendo á pie, agarrado á la cola de la cabalgadura de su amo.

A la bajada de un camino tan animado, pronto se descubre á San Pablo, cuyas casas se distinguen apenas entre los árboles. Adelántase en el mar un magnifico puente de desembarco, cual no le hay en San Dionisio, y á la orilla del agua está el mástil de las señales.

El hermoso paseo de la alameda, el tranquilo estanque, los grandes campos de caña, las huertas plantadas de verdes legumbres, las largas calles de filaos, ofrecen un punto de vista variado en este paisaje encantador.

En la bahía, siempre tersa y tranquila, se ven algunos buques; y la punta de Galets al Norte, y el cabo de la Houssaye al Sur, parece como que se meten en el mar para proteger aquella rada querida de los marineros. En el llano y en las alturas hay algunos ingenios, y mas lejos se ve el Quemado de San Pablo, árida meseta, trabajada en otro tiempo por fuegos volcánicos.

Visité en San Pablo algunos buenos amigos, y tomé el camino de la Posesion.

El fiel Desiré me esperaba en la playa con sus marineros de férreos brazos; y tendiéndome en una hermosa noche sobre los bancos de la chalupa, me dejé mecer por las olas. Algunas horas despues desembarcaba en San Dionisio.

En estas escursiones llegó el fin de junio. Antes de regresar á Europa en el vapor de julio, queria yo ir á Mauricio.

Dejé, pues, no sin sentimiento la capital de Borbon, y me embarqué en vapor con destino á Puerto-Luis.

Costeamos por largo tiempo las risueñas playas de la isla francesa, teniendo á la vista la ciudad de San Dionisio, sus blancas casas, sus ricas campiñas y sus escarpados montes. Despues fueron apareciendo sucesivamente los verdes jardines de Santa María, los bosques de filaos de Santa Susana, y su blanco faro elevando la cabeza entre árboles y bañándose los pies en el mar. A lo lejos se distinguian los sombríos collados de las Salacias y del Pico de las Nieves. En fin, saludamos las fértiles llanuras de Champ-Borne, último adios que envia la isla de Borbon á los que la dejan, y el saludo de bien venida con que acoge á los que van á visitarla.—L. SIMONIN.

## AVENTURAS Y DESGRACIAS DE LA SEÑORA LIBARONA EN EL GRAN CHACO

(AMERICA MERIDIONAL.)

1840-1841.

Las dolorosas escenas que van á leerse, tuvieron lugar hace veinte y cinco años en una region de la América meridional, rara vez visitada por los viajeros europeos. Escusaremos aquí la pesadez de una descripcion geográfica, bastándonos algunos detalles acerca de la autora.

Doña Agustina Palacio de Libarona, nació en 1822, en San Miguel de Tucuman, capital de una de las provincias de la República Argentina. Su padre, don Santiago, noble de Vizcaya, era hijo del último gobernador de Santa Fé. Bien nacida, bella, rica, árbitra de elegir esposo entre numerosos pretendientes, dió la preferencia al jóven don José de Libarona.

En 1840, despues de dos años de matrimonio y madre ya de dos niñas, Elisa y Lucinda, tuvo deseos de ver á sus padres que vivian á la sazón en Santiago del Estero, y su marido la condujo á esta ciudad con intencion de permanecer en ella poco tiempo; pero de repente estalló una insurreccion, y don José hubo de comprometerse, á pesar suyo, en una manifestacion que causó su desgracia.

Rosas era el dictador de la República Argentina, dividida entonces en cuatro provincias, y don Felipe Ibarra, gobernador de la provincia de Santiago del Estero, antiguo partidario, que hizo en otro tiempo la guerra á los españoles en el alto Perú, y que vendió en 1820 al ilustre Belgrano, hombre sin educacion, violento y cruel, hacia pesar desde treinta años atrás el mas odioso despotismo en el pais sometido á su mando. En 1840 una parte del ejército se levantó contra él conducido por un oficial llamado don Santiago Herrera. Ibarra empeñó la fuga, y creyendo los notables que habia acabado su mando, se reunieron para nombrar sucesor, y obligaron á don José Libarona á firmar el acta, bien que él se resistiera alegando con razon que no estaba domiciliado en la ciudad. Algunos dias despues volvió Ibarra triunfante, y su primer cuidado fue prender á todos los firmantes del acta.

De este punto parte la interesante narracion de doña Agustina, á quien desde luego cedemos la palabra.

I.

.....«Los soldados espedidos en busca de mi esposo avanzaron hácia nuestra casa disparando sus armas

contra nuestras puertas y ventanas. Mi marido estaba en el campo. Las detonaciones de los fusiles, el ruido de las puertas cayendo rotas y los gritos de los soldados, cuya feroz brutalidad me era bien conocida, me llenaron de terror, y desconcertada, bajé á una cisterna, donde permanecí oculta mas de media hora, temblando, no por mí, sino por mis dos hijas. No habia tenido, lo confieso, la precaucion de traerlas conmigo, y desde mi escondrijo oia con dolor sus tristes quejas, sin atreverme á ir por ellas (1).

Poco á poco fue cesando el ruido y entonces me decidí á salir con gran cautela. Los soldados se habian ido ya; pero un amigo nuestro vino á decirnos que uno de mis hermanos habia sido preso, amarrado como un criminal, y conducido fuera de la ciudad al campo de Ibarra. Apenas tuvimos tiempo para llorar con tan triste noticia, cuando otra vez se sintieron voces y amenazas: nuevos soldados invadian la casa. Tomé en brazos á mi Lucinda, á quien criaba á mis pechos, corrí á una azotea interior y confiando momentáneamente mi hija á una criada, salté á un muro inmediato de una vara y media de ancho. Desde allí estaba á mas de cinco varas del suelo, y á pesar de ello, procuré bajar á favor de las desigualdades del muro; pero sin fuerza, temblorosa, caí sobre un monton de leña. Levantéme toda magullada y grité con afán á la criada que me echara á la niña: era exponer la vida de la pobre criatura; pero yo no estaba en mi juicio. Gracias á Dios, la recibí sana y salva entre mis brazos y emprendí la fuga con ella al través de las calles. Mis vestidos estaban rotos, mis cabellos en desórden y mis hombros desnudos. Entré en la primera casa, cuya puerta encontré abierta y la encontré inhabitada. Al instante salí de ella, y corriendo al azar, llegué al convento de Santo Domingo. Sin poder pronunciar una palabra fuí á esconderme en el fondo de una sala, donde habia tendidos sobre una mesa cuatro cadáveres que debian ser enterrados al siguiente dia. Refugiada allí en un oscuro rincon, permanecí inmóvil, sobresaltada al menor ruido y llena de angustia por la suerte de mi Elisa, de mi marido, de toda mi familia. Alocurecer pude saber que mi hermana Isabel habia sido llevada al convento de las beatas de Belen. ¡Qué noche tan horrosa pasó!

(1) Agustina tenia entonces 18 años.